SERIE PECADOS VI

Rey de la GULA



ANA HUANG

CROSS BOOKS

SERIE PECADOS



Rey de la GULA

ANA HUANG

CROSS BOOKS

Playlist

We Can't Be Friends (Wait for Your Love), Ariana Grande
When Did You Get Hot?, Sabrina Carpenter
The Walls, Chase Atlantic
Tennessee Whiskey, Austin Giorgio
Lose Face, Daniel Di Angelo
Haunted, Beyoncé
Strawberries & Cigarettes, Troye Sivan
Bad Habits, Ed Sheeran
Self Control, Bebe Rexha
Moonlight, Kali Uchis
The Best I Ever Had, Limi
Always Been You, Chris Grey
Dancing in the Kitchen, LANY
Maula Mere Maula, Roop Kumar Rathod

Advertencia de contenido

En esta obra aparece contenido sexual explícito, blasfemias y temas que pueden resultar susceptibles para ciertos lectores.

1
Maya



—Estamos jodidos, ¿me oyes? ¡¡¡Jodidos!!! Y no en el buen sentido, sino más bien seco, sin lubricante y del rollo: «Cierra los ojos y piensa en Inglaterra».

—¿En serio haces esto cuando no disfrutas del sexo? Parece contraproducente...

—Maya. —Ezra sonaba incómodo—. Por favor. Que es una emergencia.

—Soy consciente. —Me apoyé el móvil entre la oreja y el hombro y cogí el bote que había en el estante superior del armario para medicamentos de mis padres—. En primer lugar, deja de hablar de lubricante. O de la falta de este. Y, en segundo lugar, tranquilízate. Tengo un plan.

—Uf, gracias a Dios. —Suspiró aliviado—. ¿En qué consiste?

—Vamos a retirar todos los productos de pasta de las estanterías. Vamos a redactar un comunicado de prensa y lo enviaremos en menos de dos horas. Cuanto antes, mejor.

—¡¿Todos los productos?! —farfulló Ezra—. Pero si los casos que se han denunciado estaban solo relacionados con la lasaña. Como retiremos todos los productos de la línea de pasta, la pérdida financiera será...

—Seguirá siendo menor de lo que podría acabar siendo a largo plazo si dejamos todos los productos a la venta. Todavía no sabemos dónde empezó la contaminación, pero la pasta congelada sigue saliendo toda de la misma fábrica. Lo último que queremos es retirar la lasaña del mercado y que luego aparezcan nuevos casos relacionados con otros productos. No se trata de priorizar el dinero, sino la confianza y la salud de los consumidores.

Como jefa de marca de Comestibles Singh, mi prioridad principal era proteger la reputación de la empresa. Lo cual incluía gestionar crisis de comunicaciones, y el brote de listeria relacionado con nuestro producto más vendido era, sin lugar a dudas, una crisis.

—Claro. —Ezra carraspeó—. Me pongo enseguida. Te enviaré el borrador del comunicado de prensa en menos de una hora.

Dejando de lado su lenguaje grosero y sus dramáticos estallidos, Ezra, mi director de comunicación, era buenísimo en su trabajo. He aquí por qué colgué sin cuestionarlo.

Pillé el bote que les había «cogido prestado» a mis padres y salí del baño. A pesar de lo segura que había sonado por teléfono, el corazón me latía igual de rápido que si estuviese corriendo el último kilómetro de un maratón.

Ezra tenía razón. Eso era retirar una barbaridad de productos del mercado; sin embargo, después de que se denunciara un tercer caso, convencí al director ejecutivo de que era lo correcto. Me jugaba tanto mi reputación como, seguramente, mi trabajo.

En el caso de que, en efecto, solo se hubiesen contaminado las lasañas, el balance de la empresa no mejoraría después del comunicado de prensa...

El corazón se me aceleró un poco más.

No. Había tomado la decisión correcta. No podía arries-

garme a que enfermase más gente por procurar única y exclusivamente por la economía de la empresa.

Había algo que no acababa de cuadrarme con estos brotes, pero era incapaz de encontrar el qué. Así que, de momento, eché ese pensamiento a un lado.

Esa noche, en mi lista de cosas por hacer, había un punto que nada tenía que ver con el trabajo. Y era justo la distracción que necesitaba para alegrarme tras lo que llevaba siendo un día infernal.

Bajé las escaleras a toda prisa, pero, cuando ya casi estaba llegando a la cocina, vi una figura familiar y frené en seco. La mujer puso los brazos en jarras y me miró con cierta sospecha en los ojos.

«Mierda».

Enseguida me llevé la mano a la espalda para esconder el bote en cuestión y esbocé la sonrisa más inocente del mundo.

—Hola, Diya.

Diya era la jefa del hogar de mi familia. Se podría decir que nos había criado a mis hermanas y a mí, de modo que conocía todos nuestros trucos.

—Deme, señorita Maya —dijo con cara seria y tendiéndome la mano.

—¿Que te dé qué?

—No me venga con esas. La celebración de esta noche es importante para el señor y la señora Singh. No dejaré que se la arruine haciéndole una bromita infantil a ese chico.

Contuve las ganas de hacer una mueca al oírla decir «ese chico».

—Yo nunca le haría una broma a nadie. Ni siquiera a él. —Me llevé la mano que me quedaba libre al corazón—. Soy una alta ejecutiva en una empresa de Fortune 500. ¿En serio crees que tengo tiempo para ir por ahí haciéndole bromitas a los invitados?

Diya arqueó las cejas y continuó con la mano tendida. No dijo ni una palabra.

Mecagüen... Suerte que iba a distraerme.

Me saqué el bote de la espalda a regañadientes y le dejé los laxantes en la mano.

Ella chascó la lengua en señal de desaprobación.

—No lo habría matado... —argumenté a la defensiva—. Son de los ligeros. Aunque habría conseguido que se lo pensara dos veces antes de volver a aceptar una invitación para cenar con nosotros.

A pesar de lo liados que íbamos, mi familia organizaba, como mínimo, un par de cenas al mes en la finca que tenían mis padres en Westchester. Las tradiciones eran importantes y mis padres se aseguraban de que las respetáramos. Solía apetecerme muchísimo ir a dichas cenas..., siempre y cuando él no estuviera invitado.

—Teniendo en cuenta que sus familias llevan siendo amigas desde hace generaciones, lo dudo. —Diya señaló las escaleras—. Venga. La cena empezará pronto y a su madre le dará un infarto como se presente vestida así.

Rechistar no me serviría de nada; lo sabía.

—¡Yo también me alegro de verte! —dije girando la cara para mirarla por encima del hombro—. ¡Algún día dejarás que me divierta!

—¡Espere sentada! —respondió ella, con cierto humor en la voz.

El subidón de adrenalina que me había aportado encontrarme con Diya se desvaneció nada más entrar en mi cuarto. Cuando no tenía quién me distrajera, me costaba no sobreanalizarlo todo, así que lo primero que hice fue rebuscar entre la colección de dulces que tenía en el cajón de la mesita de noche.

Ese mismo día, al enterarme del primer caso de listeria, me zampé mis bombones de chocolate favoritos. Así que

ahora tenía que contentarme con los gusanos de gominola. Me metí uno en la boca.

«No pasa nada. Va todo bien». Ni que la reputación de la empresa familiar dependiera de mis acciones o hubiese decenas de millones de dólares en juego...

Si fallaba, sería el hazmerreír público y los profesores de las escuelas de negocios me pondrían como ejemplo principal de lo que no hay que hacer. Todo lo que hubiese logrado hasta ahora dejaría de importar y la gente solo se fijaría en este fracaso.

Tampoco había para tanto.

Me reconforté con un segundo gusanito de gominola y miré el móvil. No había ninguna actualización de las alertas que había activado para cualquier mención a Comestibles Singh.

«Vale». Dejé que ese doble chute de azúcar me calmara los nervios. En este tipo de situaciones, que no hubiera noticias era una buena noticia.

«Que no haya noticias es una buena noticia».

Fui repitiéndome ese mantra mientras me quitaba los vaqueros y la camiseta y me ponía un vestido de seda. Cuando hube acabado de peinarme y maquillarme, el corazón me latía a un ritmo más o menos normal.

Faltaba una hora para la cena, así que salí de mi cuarto, volví a bajar las escaleras y puse rumbo hacia la terraza interior.

Ese soleado espacio acristalado era mi estancia favorita de toda la casa. De adolescente, me pasaba horas allí; leyendo, haciendo los deberes y soñando despierta. Además, nunca venía nadie a no ser que fuera para limpiar. Era perfecto.

Me hundí en un acolchado sofá de mimbre y volví a mirar el móvil. Tenía un correo electrónico nuevo de Ezra. Me había enviado el borrador del comunicado de prensa.

Lo revisé y le envié algunos comentarios. Eran apuntes mínimos; Ezra había hecho un trabajo fenomenal.

Clavé la vista en la vegetación que se veía al otro lado de las ventanas y sentí que se me formaba un nudo en el estómago. No tenía previsto pasar el fin de semana previo al Día del Trabajador así. Se suponía que, antes de tener que cenar con una de las personas que más mal me caían en todo el mundo, iba a quedar con mis amigas, no a gestionar una emergencia laboral.

A veces me preguntaba qué pasaría si simplemente... me largara. Adiós al estrés y a las noches sin dormir o a tener que escabullirme hacia algún lugar indefinido.

Sonaba bien. Aun así, me bastaba con imaginarme rindiéndome para que me cogiese urticaria. No sabía a qué aspiraba, pero sabía que tenía que hacer más, ser más. Como me quedara estancada, me pasarían los demás por delante y eso era inaceptable.

Ezra respondió en un tiempo récord con el comunicado editado. Lo leí dos veces antes de enviarle aquella decisiva respuesta:

Aprobado.

Dejé el móvil y empecé a mover la rodilla. Dios, qué bien me vendría ahora un poco de chocolate. Igual...

—¿Escondiéndote en la casa de tu propia familia? Un poco triste, Segu.

Me quedé con la pierna medio al aire y se me tensó el cuerpo entero.

Había pocas cosas en el mundo que me llevaran a tener que elegir entre sacar las garras o huir por patas. Sin embargo, esa voz profunda y lánguida era una de ellas.

No hizo falta que me girase para saber quién había llegado.

Era el mismísimo diablo en persona, joder.

2
Maya



La cultura popular describía al diablo como a una cosa horrenda, con garras, la piel roja y unos cuernos que irradiaban su maldad por el mundo.

Pero la cultura popular se equivocaba.

En realidad, el diablo era un chico alto, musculado, con una dentadura perfecta y un moreno que le duraba todo el año, motivo por el cual siempre parecía que acabase de regresar de unas vacaciones en el sur de Francia. Los cuernos le quedaban escondidos bajo su grueso pelo castaño, elegantemente enmarañado, y el hombre en cuestión se movía con una confianza relajada y la misma seguridad de quien está acostumbrado a que se lo sirvan todo en bandeja de plata.

Si no habías crecido con él (y a mí me había tocado hacerlo) o no habías tenido que soportar ese sarcasmo que tan bien había escondido durante toda su vida (también me había tocado hacerlo), tal vez te embaucaría y pensarías que era un ángel en lugar de Satanás reencarnado.

Por suerte, yo lo conocía bien.

Por desgracia, era la única.

Lucifer, también conocido como Sebastian Laurent, se

apoyó contra la pared y me sonrió de medio lado, de esa forma que hacía cuando no teníamos a nadie alrededor.

Era demasiado listo como para hacerlo con público de por medio. Todo el mundo pensaba que era el chico perfecto al que la gente tanto adoraba. Yo, en cambio ya había visto lo que escondía bajo esa máscara cuando teníamos tres años y decidió hacerme la zancadilla mientras jugábamos al pillapilla para luego quedarse con el premio: unos caramelos.

Fue la primera y la última vez que ese chico me hizo llorar.

—Estaba escondiéndome de ti. —Ignoré el apodo ese que tanto odiaba, Segu, y le dediqué una empalagosa sonrisa—. No quería perder el apetito antes de la cena.

—¿Así de hospitalaria eres con los viejos amigos? Tsss. Con razón tu empresa está en peligro.

Apreté la mandíbula. Cómo no, tenía que sacar a colación el tema de la crisis a la primera de cambio.

—No somos amigos. Y esto no tiene nada que ver con el trabajo.

—Amienemigos, pues.

Sebastian se separó de la pared y echó a andar hacia mí con un porte elegante y suelto, como si a él le requiriera muchísima menos energía que a cualquier otra persona.

Se sentó despatarrado en el sofá que me quedaba delante. Era como si no se hubiese dado cuenta de mis energías de «pírate y tírate a un lago lleno de pirañas».

Hay personas que no pillan una indirecta ni a la de tres.

—Tampoco —respondí con frialdad—. «Amienemigos» sigue incluyendo la palabra «amigos».

—Lo que tú digas, pero te conozco mejor que muchos de tus «amigos». —Sonrió sabiondo—. ¿Cuántos caramelos te has comido para calmar el estrés desde que te has enterado del primer caso?

«Maldito Lucifer».

—Ninguno. —La mentira se me escapó como si nada de la boca—. Ya no lo hago.

Sebastian me miró fijamente. Tenía los ojos de un claro tono ámbar con unas motas doradas. Ahora, bajo la luz del atardecer, se parecían a los de los leones.

—Mentirosa —dijo en voz baja.

Me sonrojé. El corazón empezó a latirme el doble de rápido otra vez y lo noté en los oídos mientras nos mirábamos fijamente. El aire crepitó con esa animosidad que llevaba tanto tiempo cociéndose a fuego lento.

Lo odiaba tantísimo que casi no podía ni respirar.

—¿Sigues presentándote donde no eres bienvenido por alguna razón en particular? —le pregunté—. ¿O es que simplemente te gusta desquiciarme?

—Sí y sí.

Ojalá hubiese podido seguir adelante con la bromita de los laxantes. Ver cómo se retorcía de dolor habría hecho que las consecuencias valieran la pena.

—Se te olvida que me han invitado. —Sebastian se recostó en el respaldo del sofá con una gélida diversión en la mirada—. No he irrumpido aquí sin avisar.

—Te han invitado a cenar, no aquí. Conmigo.

Estuve a punto de añadir «este es mi sitio», pero sonaba demasiado pedante. Además, como Sebastian se enterara de lo mucho que me gustaba la terraza interior, no se marcharía nunca.

—Puedes coger y largarte, si quieres. —Se encogió de hombros—. Nadie te obliga a hablar conmigo.

—Yo he llegado antes. No pienso marcharme.

—Ah... —Dibujó una sonrisa que ya conocía muy bien y que contrastaba a más no poder con el aborrecimiento que se le reflejaba en el resto de la cara—. O sea que estamos en punto muerto. *C'est dommage*.

Traducción: «Qué pena».

El francés no era mi lengua materna como sí lo era para él, pero lo dominaba por igual porque había estudiado en internados suizos.

Tragué saliva para deshacerme de las demás palabras que podría haberle dicho en francés.

Menuda tontería. Éramos adultos y nos estábamos comportando como un par de críos, pero es que siempre que estábamos cerca pasaba lo mismo. Este chico siempre sacaba lo peor de mí.

Sebastian era la persona vanidosa más pesada del mundo. Quería ser el centro de atención. A lo mejor, si lo privaba de oxígeno, me haría un favor y desaparecería.

En lugar de seguir haciéndole caso, volví a coger el móvil. Tenía la pantalla repleta de alertas de noticias. El corazón empezó a latirme desbocado y todos los pensamientos relacionados con mi indeseada compañía se volatilizaron.

«El comunicado de prensa».

Lo habían enviado. Y los medios de comunicación se habían aferrado a él como los incendios forestales se aferraban a arbustos secos.

Leí los titulares en diagonal y solo encontré regurgitaciones básicas de los hechos. Así que me metí en el único rincón de internet que me ofrecería más opciones: las redes sociales.

Escribí «Comestibles Singh» en la barra de búsqueda con un nudo en la garganta. Ya se había convertido en *trending topic* e iban apareciendo más publicaciones cada pocos minutos.

Había algunos detractores, pero, por lo general, las reacciones iniciales estaban siendo abrumadoramente positivas.

El nudo que tenía en la garganta se soltó un poco. Por primera vez en horas, empezaba a salir a flote en lugar de continuar ahogándome.

Salí de las redes sociales y me metí en el correo electrónico para enviarle un mensaje a Ezra respecto al tema y revisar el resto de correspondencia.

Sebastian no dijo nada en ningún momento, pero su intensa mirada me abrasaba la piel.

Ahora que mi adrenalina inicial había amainado, era sumamente consciente del silencio que se respiraba aquí. De cómo me circulaba la sangre por las venas y de que la presencia de Sebastian modificaba todas las moléculas de la sala.

No necesitaba verlo para notarlo.

En silencio. Estudiándome. Juzgándome.

Continué con la vista puesta en el móvil y me obligué a no estremecerme ni hacer nada que pudiese revelar que su escrutinio me estaba afectando lo más mínimo.

Porque no me afectaba. Obviamente.

—Es un buen comunicado de prensa —opinó con el típico tono de voz que te sale después de haberle dado una segunda vuelta a algo—. A ver si lo adivino: has convencido a tu padre para que retire toda la línea de productos porque te preocupaba que hubiese contaminación cruzada. Confianza antes que beneficios. Muy coherente por parte de la jefa de marca.

Permanecí en silencio y le di a «borrar» con más fuerza de la necesaria para eliminar una invitación colectiva a una fiesta.

—Me lo tomaré como un «sí». —Sebastian bostezó—. Inteligente. Yo habría hecho lo mismo.

—Me alegro muchísimo de que apruebes mi decisión. —Ya no podía más—. No sé qué habría hecho, si no.

En cuanto las palabras me salieron de la boca, me arrepentí de haber mordido el anzuelo, pero ya era demasiado tarde. Le atisbé una pizca de triunfo en la mirada antes de

que se levantara del sofá. Ya casi había llegado la hora de cenar. Yo también debería ir tirando, pero prefería arrancarme los ojos que marcharme con él.

—Encantado de ser una fuente de validación —comentó Sebastian arrastrando las palabras. Se sacó algo del bolsillo y me lo tiró. Lo alcancé justo antes de que me diese en la cara—. De nada.

Lo oí reír mientras se alejaba de allí y desaparecía por las entrañas de la casa.

Esperé a que se hubiese ido del todo antes de abrir la mano. En la palma tenía un dulce envuelto con papel de aluminio naranja.

Era un bombón de chocolate.

No me comí el chocolate, por supuesto.

Sebastian era capaz de darme un bombón caducado y estaba claro que eso no había sido más que una jugada de poder. Una sutil forma de señalar que sabía cosas sobre mí que no debería saber, además de una discreta forma de recordarme que necesitaba algo con lo que aliviar el estrés por culpa de este berenjenal de relaciones públicas.

Mientras tanto, él estaba tan feliz con su maravillosa publicidad, con dos locales del Grupo de Restaurantes Laurent que acababan de ganar estrellas Michelin, y el perfil adulador que le habían hecho en el *New York Times*.

Mi familia no tenía restaurantes. Nuestra riqueza procedía de los ultracongelados. Y los platos preparados congelados no tenían un equivalente a las estrellas Michelin.

Era consciente de ello, pero no por eso dejaba de querer que nos diesen una.

Creo que si Sebastian me sacaba tanto de quicio era por eso. Porque, por más que me esmerase o por más logros que

acumulara (ya fuesen personales, profesionales o académicos), con él siempre tenía la sensación de quedarme atrás.

En el instituto, yo sacaba sobresalientes porque me esmeraba como la que más. Él los sacaba con solo saltar de la cama y plantarse en clase.

Yo saqué la segunda mejor nota de la clase. Él, la primera.

Yo gané el premio a la Excelencia del Marketing Internacional. Él lo ganó primero y, encima, tuvo más cobertura mediática.

Era exasperante.

Lo miré desde el otro lado de la mesa. Sebastian estaba ocupado hablando con mi hermana pequeña, Neha, mientras fingía ser un ser humano normal.

La cena había empezado hacía media hora y tanto el clan de los Singh como el de los Laurent estábamos reunidos en el comedor reservado para las celebraciones en casa de mis padres. Mi padre estaba sentado en la cabecera de la mesa, con mi madre a su izquierda y el padre de Sebastian, Michel, a su derecha. La esposa de Michel, Yvonne, estaba cotilleando con mi madre sobre el último escándalo social mientras el marido de Neha le daba al vino como si esta fuera su última cena. En la otra punta de la mesa estaba mi abuela, observándolo todo con expresión serena. La simple camisa de lino blanca que llevaba contrastaba con fuerza con los enormes pendientes de esmeralda que le colgaban de las orejas.

Solo faltaba la menor de mis hermanas, Priya, que estaba de vacaciones en Bali con su novio. Se habían ido a celebrar que llevaban seis meses saliendo; he aquí el único motivo por el cual mi madre había hecho la vista gorda ante su ausencia.

Todo el mundo parecía estar pasándolo en grande menos Sebastian y yo, que estaba sentado frente a mí. Lo veía riendo y sonriendo, pero era todo fingido.

Cuando Sebastian sonreía de verdad, se le arrugaban los ojos y su risa adoptaba un tono un decibelio o dos más bajo que ahora. No estaría agarrando la copa de vino con tanta fuerza ni centrando toda su atención en Neha, como si tuviese algo que demostrar.

—Antes de que pasemos al plato principal, quiero daros las gracias a todos por haber venido esta noche —dijo mi padre desde su asiento, llamándonos la atención a los ahí presentes con su voz estruendosa.

La sala se sumió en silencio.

Me dio un vuelco el estómago ante dicha anticipación. Mi padre ya había comentado que hoy quería compartir con nosotros una «gran noticia», pero yo no tenía ni idea de lo que sería ni de qué pintaban los Laurent en todo esto.

Volví a mirar a Sebastian. Él ya me estaba mirando con una expresión ininteligible y me dio un vuelco el corazón.

Enarcó una ceja y, sonriendo con sarcasmo, se llevó la copa a los labios.

Yo apreté los míos y me centré de nuevo en mi padre.

Con sesenta y un años, Neal Singh continuaba emanando poder allá donde fuera. Tenía el pelo canoso, pero seguía con la mirada y la mente igual de afiladas que siempre.

—Sé que estáis todos ocupados, pero me gustaría contaros algo relevante y que concierne a ambas familias. —A pesar de que lo dijo con tono jovial, tenía la sonrisa tensa. El comunicado de prensa había ido bien, pero el recuerdo de esa crisis seguía amenazando cual nube de tormenta—. Como ya sabéis todos, Michel y yo somos amigos desde hace muchos, muchísimos años, pero nunca hemos trabajado juntos.

—Lo habíamos considerado —añadió Michel—. Pero nunca llegó a darse la oportunidad. Hasta ahora.

Un mal presagio provocó que se me pusieran los pelos de

punta a la altura de la nuca. Delante de mí, Sebastian arrugó la frente y aquella sonrisa socarrona desapareció.

—Vayamos directos al grano. Seguro que a todo el mundo le gustaría seguir cenando antes de que se enfríe la comida —terció mi padre—. Me complace anunciaros que Comestibles Singh y el Grupo de Restaurantes Laurent colaborarán en una línea especial de platos preparados congelados. Con la experiencia de...

Un zumbido extraño me inundó los oídos. No oí lo que dijo mi padre a continuación porque no paraba de oír las dos mismas palabras en bucle en mi mente:

«¿Qué Cojones?».

Las colaboraciones entre productos de alta gama y otros de menor categoría no era nada nuevo. Ya habían dejado huella en la industria de la moda (con diseñadores de marcas de diseño que colaboraban con grandes minoristas para crear piezas de edición limitada a precios asequibles, por ejemplo) y, poco a poco, estaba abriéndose paso en el sector gastronómico. Pero... ¿nosotros? ¿Trabajando con el Grupo de Restaurantes Laurent? Sería como intentar vender Hermès y H&M en una misma tienda.

Había marcas que encajaban y otras que no. Y el porfolio gastronómico extremadamente lujoso de los Laurent distaba muchísimo de nuestros productos básicos de supermercado, a un precio más módico. Tanto que podrían ser dos planetas distintos.

A juzgar por cómo estaba apretando los labios Sebastian, opinaba igual.

—¿Es una sugerencia o ya habéis cerrado el trato? —preguntó él.

Habló de forma genuina y calmada, sin modulación alguna en la voz, aunque percibí que su tono escondía una cierta peligrosidad.

—Ya lo hemos cerrado. —Michel lanzó una mirada de advertencia a su hijo—. Neal y yo llevamos meses hablando de esto.

—Aun así, deberíamos comentar...

—Ahora no es el...

Estallamos indignados y nuestras protestas sincronizadas se solaparon entre sí. Sebastian y yo nos fulminamos mutuamente con la mirada antes de volver a desviar la vista hacia nuestros padres.

A excepción de mi abuela, esta conversación no parecía importarle a nadie más. La mujer nos observaba con sumo interés en la mirada mientras iba comiendo trozos de pan como si de palomitas se tratasen.

—Es la primera vez que me entero de esto y soy el director de *marketing* —se me adelantó Sebastian al quejarse. La voz le sonaba afilada y quebradiza; no parecía la suya—. Con todo el debido respeto para Comestibles Singh, habría que limar ciertas incompatibilidades entre marcas antes de dar un paso tan drástico; eso, suponiendo que puedan limarse.

—Además, ahora no es el mejor momento para lanzar una colaboración de estas dimensiones —añadí—. Todavía estamos gestionando una... situación delicada.

—Ya lo hemos decidido —respondió mi padre con firmeza—. Esta colaboración nos beneficiará económicamente a ambos y, si conseguimos hacerlo bien, lograremos muchísima cobertura mediática.

—Además, ampliará nuestra clientela y nos abrirá las puertas a un nuevo mercado —añadió Michel.

Nada de eso pareció calmar a Sebastian, que intervino con un:

—Pero...

—Basta —lo cortó con frialdad el mayor de los Laurent—. Tal y como ha dicho Neal, ya lo hemos decidido.

—Vamos a acelerar el proyecto —prosiguió mi padre—. Sé de buena tinta que los de Haciendas Whitaker están planeando hacer una colaboración parecida. Todavía están empezando, pero tenemos que anunciarlo antes que ellos; de lo contrario, parecerá que los estemos copiando.

Haciendas Whitaker era nuestra mayor competencia. A pesar de contar con un nombre tan íntegro, con un guiño a los campos de trigo en inglés, su director ejecutivo era despiadado y se habían ido cargando nuestra participación en el mercado, poco a poco, pero de forma deliberada.

—No tenemos que preocuparnos por los de Whitaker en sí —contestó Michel con desdén. Mi padre lo miró severamente, pero no intervino cuando añadió—: Pero Neal tiene razón. Aceleraremos el proyecto. La ventaja se la lleva el primero en sacar los productos al mercado. Por eso es tan importante.

—Definid «acelerar» —pedí.

—Queremos anunciarlo antes del mes que viene. Confío en que la cosa pintará mejor de aquí a entonces —respondió mi padre con severidad y firmeza, como si tuviese una voz de hierro, y mirándome con segundas.

Me mordí la lengua para evitar volver a quejarme y me hundí todavía más en el asiento. Acababa de darme una orden: «Limpia la imagen de nuestra empresa antes de que anunciemos esto o verás».

La colaboración no me entusiasmaba, pero yo nunca había decepcionado a mi padre. Y no pensaba empezar ahora. Su opinión y la reputación de nuestra familia importaban más que mis lamentos personales.

Además, no podía llevarle la contraria a alguien mayor que yo y menos delante de la empresa. Era algo que no se hacía y punto.

—Aspiramos a un plazo de nueve meses como máximo

para el lanzamiento de productos —contó Michel—. La nueva línea debería estar en los supermercados antes de que se celebren las juntas de accionistas del año que viene.

A Sebastian se le incendió la mirada.

—Es imposible. Un proyecto de tal escala...

—Cuando cuentas con las personas y los recursos adecuados, todo es posible —respondió Michel inclinándose hacia delante y entrelazando los dedos—. Es una suerte que tanto tú como Maya os impliquéis tanto en este asunto. Teniendo en cuenta que los dos sois los principales ejecutivos de *marketing* de nuestras respectivas empresas, tendréis un papel vital en el lanzamiento de los productos.

Me dio un vuelco descomunal el estómago. El presagio de antes regresó a mí de golpe y los nervios me dejaron abatida.

—¿Y esto qué quiere decir? —pregunté.

No podía insinuar lo que pensaba que estaba insinuando. No podía ser. De ninguna manera.

—Quiere decir que nos gustaría que tú y Sebastian lideraráis el proyecto —aclaró mi padre—. Durante los próximos nueve meses, vuestra prioridad será trabajar en esta colaboración. Juntos.